

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº111 ¿Cómo tuvo lugar la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 111 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Cómo tuvo lugar la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén? (557-560; 569-570)

En el tiempo establecido, Jesús decide subir a Jerusalén para sufrir su Pasión, morir y resucitar. Como Rey-Mesías que manifiesta la venida del Reino, entra en la ciudad montado sobre un asno; y es acogido por los pequeños, cuya aclamación es recogida por el Sanctus de la Misa: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna! ¡sálvanos!” (Mt 21, 9). Con la celebración de esta entrada en Jerusalén la liturgia de la Iglesia da inicio cada año a la Semana Santa.

Después de haber hablado de la Transfiguración (en el punto anterior), la cual estaba preparando el corazón de los apóstoles para superar ese escándalo, recordad que en ese contexto de la Transfiguración, Moisés y Elías le hablaban a Jesús de su partida que estaba para cumplirse en Jerusalén, bueno, pues ahora llega este momento. En los Evangelios sinópticos ha habido tres anuncios de la Pasión de Jesucristo, es decir, Él anuncia tres veces la pasión. Sabemos toda la crisis que eso había generado en el corazón de los apóstoles; la Transfiguración prepara su corazón pero ahora llega este momento. Jesús subió a Jerusalén consciente, de a qué está subiendo.

Por si hubiese alguna duda dice Lucas 13,33: “*No es posible que un profeta perezca fuera de Jerusalén*”. Jesús sabe que los profetas han encontrado en Jerusalén el lugar de su muerte, y entonces, esa subida de Jesús a Jerusalén, esa entrada gloriosa en Jerusalén es emblemática, es dramática y es gloriosa al mismo tiempo; en ella se está manifestando el misterio de la acogida y el rechazo; allí hay unos niños, los humildes una vez más, aquellos que están abiertos a la acogida del Reino de Dios, que acogen a Jesús, y Él, recibe esa buena acogida: ¡Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor! no se puede decir una frase más adecuada.

Esos niños que acogen a Jesús, cantando de esa manera, con ramos y poniendo mantos en el suelo para acoger a Jesús, son el signo del Israel que acoge a Jesús; pero en el texto conocido del Dominus flevit: “*Jerusalén, Jerusalén, que apedreas a los profetas, que rechazas a los que te son enviados ¡cuántas veces he querido reuniros como la gallina a sus polluelos y no habéis querido*”, y Jesús lloró. Jesús llora también porque contempla el rechazo de Jerusalén a la llegada del Mesías. Por lo tanto, esos niños dicen ¡Hosanna, bendito! y el grito de esos niños ha quedado acogido en nuestra liturgia: “*Santo, santo, santo, bendito el que viene en nombre del Señor*”, pero Jesús llora, porque ve que hay una

parte importante de esa Jerusalén que representa al mundo entero que está rechazando la gracia. Jesús lloró porque vio el rechazo de la gracia. Ambas cosas están aconteciendo.

Y Jesús montado en un asno blanco, que es un signo de realeza, Él sabe que es Rey. Por cierto, el asno no es tanto un signo de pobreza, sino de espíritu pacífico. Jesús no es un Rey que vaya montado en un caballo, el caballo en aquel contexto histórico era un signo de guerra, es como nuestro carro de combate. Jesús no montó en un caballo, montó en un asno blanco, signo de que su realeza era una realeza pacífica, era una realeza que estaba tocando el corazón de los hombres, estaba llamando a la misericordia, llamando a la conversión.

La Iglesia, como concluye este punto 111, al comenzar la Semana Santa, el domingo de Ramos, introduce con esta subida de Jesús a Jerusalén la Semana Santa y es un día en el que se conjugan ambas cosas, el gozo y la alegría, y al mismo tiempo también el drama, porque *“vino a los suyos y los suyos no le recibieron”* dice el prólogo del Evangelio de San Juan. Esto que acontece en Jerusalén, ese drama de la acogida de unos y el rechazo de otros, acontece también en nosotros. En nosotros, uno mismo es el que le acoge y uno mismo es el que le rechaza. Esa ambivalencia acontece dentro de nosotros, una parte de nosotros ha acogido a Jesús pero también en parte le hemos rechazado. Por lo tanto, esa entrada de Jesús en Jerusalén está volviendo a pedir de nosotros que redescubramos el amor primero, y como aquellos niños acojamos a Jesús diciendo ¡Hosanna! ¡bendito! ¡sálvanos!